

OS



5248

LEON

48. 19

FRUTOS AMARGOS



NOVELA ORIGINAL

DE

Don Constantino Herrero Villalón.



PALENCIA

IMP. DE J. GUERRA, MAYOR PRAL. 34 Y 36.

1889.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

 MI HERMANITO  DIOSDADO.

Consagrado en tan tierna edad á Dios;
Ángel de la inocencia;
Espejo de pureza;
Consuelo de mis padres,
Y objeto de mi más puro amor.

El Autor.

SECRETARÍA DE CULTURA

Comunicación en Lengua Castellana
y Literatura
Cuarto Año
Examen Final



I.

—Como nunca has estado en esta ciudad, Diosdado,—agradecerás te acompañe sirviéndote de guía...

—Me parece buena idea, pues si salgo solo es muy posible no acierte á casa cuando quiera regresar.

—Puedes prepararte mientras me visto de gabán, sombrero y demás, é iremos á hacer una visita, al propio tiempo podrás enterarte de muchas cosas.

Mi hermano volvió pronto, y una vez dispuestos salimos.

—¿Conozco yo la familia, objeto de nuestra visita?,—me preguntó.

—No, pero te explicaré en breves palabras cuál fué la causa de la amistad que con ella me une, y de esta manera lo sabrás todo.

—Ya escucho.

—Eras tú muy niño, cuando sucedió el hecho que te voy á narrar: pues en la tarde del diez y seis de Diciembre, por asuntos urgentes (que no vienen al caso) me ví precisado á salir á caballo

con dirección á una población lejana, cuyo camino era completamente desconocido para mí; pero ya te he dicho que no quedaba otro medio que partir sin pérdida de tiempo, y así lo hice, á pesar del sentimiento y las lágrimas de nuestros cariñosos y tiernos padres, que me abrazaban, mezclando nuestros suspiros y sollozos. La noche tardó muy poco en cubrirme con su negro manto, cuando me encontraba en un extenso valle que, como en triste desierto, no se veía huella de mortal, ni vivienda alguna, aunque anheloso dirigí la vista en todas direcciones. Inútiles fueron todas las instrucciones que para poderme guiar me dieran antes de partir, porque la oscuridad me impedía ver más allá de la cabeza del rocín; el cual adelantaba con paso cada vez más tarde. Picábale con frecuencia, pero á pesar de todo llegó el dócil animal á un lugar donde se detuvo sin que me fuera posible hacerle pasar de allí. Le hostigué repetidas veces sin lograr otra cosa que enfurecerle: respiraba con fuerza, retirábase espantado, y cuando le hería de nuevo, levantaba las manos encolerizado.

—¿Que intentáis? ¡Os hallais al borde de un precipicio y vuestro caballo lucha por la existencia!,

—oí que me decía una voz fuerte.

Me detuve. Poco después pude percibir una sombra que se acercaba.

—¡Que decís!, —exclamé aturdido, dirigiéndome al que llegaba.

—Lo que oís ¡que buscáis la muerte!

Y tomando las riendas de mi caballo le apartó de aquél lugar.

—¡Dios os lo pague!

—Esperad, que en breve estaré á vuestro lado.

Dijo y desapareció.

—¿Quién era aquél hombre?, —preguntó mi hermano impaciente.

—Pronto lo sabrás. No mucho después se acercó el desconocido montado en un brioso corcel, y caminando delante dijo:

—Seguidme.

Así lo hice. Después de cuatro horas de viaje nos detuvimos frente á un grande caserío.

—Habeis llegado á vuestra casa, añadió, —apeaos y pasad la noche tranquilo, que de madrugada se os avisará para que podais continuar.

Otro personaje nos saludó atento, y se llevó mi caballo. Seguidamente condújome el guía á

una habitación, y con el auxilio de una luz pude ver el semblante tranquilo de un hombre como de cuarenta años, alto, fuerte, de poblada barba. Contóme luego Demetrio, que así se llamaba, cómo era mayordomo de varias heredades de allí; y no tengo que decirte que apenas regresé y conté en casa lo ocurrido, fué nuestro cariñoso padre á abrazarle y le hizo pasar á nuestro lado algún tiempo.

—¿Es á tu salvador á quien vamos á visitar ahora?,—interrumpióme Diosdado con viveza, —¡ya ardo en deseos de abrazarle!

—Prontó lo sabrás. Dos años después se presentó Demetrio con su familia diciendo que cesaba en el cargo de mayordomo y marchaba lejos de nosotros...

—¿A donde? ¿no podré conocerle yo?,—repuso mi hermano.

—Concluiré. Esta es la población donde vino, ofreciéndonos la casa en la calle de Zola, número cuatro, segundo, izquierda...

—Que es donde vamos ¿verdad?

—No. Al año siguiente, es decir, hace poco tiempo, recibimos su esquela de defunción...

—¡Dios mío! ¡cuanto siento no poder abrazarle!...

—Ayer, apenas llegué á ésta, procuré enterarme del paradero de su pobre viuda... y sé que vive en guardilla de la misma casa...

II.

—Ya que no pueda abrazar á Demetrio,—dijo Diosdado,—deseo por momentos conocer su familia.

—Aquí está la calle de Zola.

—En efecto... vé allí el número cuatro...

—Sí, entremos... sígueme... aquí está la escalera... ásete al pasamano... encenderé una vela que traigo en el bolsillo...

—Verdaderamente esto está muy oscuro...

—Cuidado con los banzos, cuya madera es falsa, agujereada por los años... llegamos al primer piso... pareces hallarte algo fatigado... es falta de costumbre... venga la mano... segundo...

—¿Todavía más?

—Hasta la guardilla... uno, dos, tres peldaños... llegamos al fin de nuestro viaje...

—Viaje puede llamarse... ascensión sin globo...

—Ni Gay-Lussac.

—Después de descansar, entraremos por esta puerta... inclínate para prevenir un golpe en el marco...

—Más parece ventana que puerta.

—Venga, la mano... entramos en la guardilla.

—Lo supongo.

—Ahora pasemos á la estancia de una pobre enferma... ¿no observas un olor pestilencial?

—En efecto, cuesta trabajo respirar.

—Es una habitación bastante reducida; opaca luz entra por pequeño ventanucho... apenas se ven los objetos... aunque también, como venimos de mucha claridad á grande oscuridad... ya irás percibiendo cada vez mejor, hasta tanto te haré descripción de la estancia: es de paredes negras, de donde penden dos cuadros viejos y empolvados. Todo el ajuar compónese de tres taburetes de madera y una mesa. Al rincón se hallan estendidos horizontalmente cuatro toscos maderos sosteniendo largas tablas; encima un antiguo jergón, mejor dicho, unos trapos mal cosidos: sobre éste yace una mujer jóven en los últimos momentos de su vida...

—Ya distingo algo.

—Acerquémonos, pues, al lecho: cúbrela mor-

tal palidez, está inmóvil; tiene los labios cárdenos, la nariz afilada...

— Poco resistirá ¡pobrecita!

—Viuda... abandonada del mundo!..

—¡Dios mío, que es esto!

—¿Te falta ánimo?

—Casi.

—Debe sobrarle en la presente ocasión para acompañar esta moribunda abandonada de los hombres; á esta infeliz á quien amo muy de veras, pues ya habrás supuesto que es la esposa de Demetrio...

—Me siento desfallecer; no puedo más.

—Saldremos si te parece.

—Si... y para no herir su amor propio, dejaré sobre esta mesa algunas monedas de plata.

Aunque estaba oscuro vi deslizarse algunas lágrimas de los ojos de mi hermano, lo que probó que la semilla no había caído en tierra estéril.

—¡Si nos viera!, —añadí yo afectado de distracción; —¡si nos viera esta infeliz!.. sería un nuevo golpe asestado á su atribulado corazón.

—Nada de humillación, pues... salgamos cuanto antes...

Al dar un paso atrás me preguntó:

—¿Tiene familia?

—Según veo no has fijado la atención en esa linda niña, hija suya, que está sentada junto á la cabecera... aun no ha cumplido ocho años... se llama María...

—Efectivamente, duerme, ronca,... parece difunta...

—Es la única que asiste á la pobre agonizante.

—Dejémosla: sería de terribles noches acaso... ya despierta... salgamos...

Así era: se movió é hizo un gesto: levantóse precipitadamente temiendo haberse descuidado en su celo, y acércase á su madre: llámala, pero la enferma no contesta más que con lánguidas miradas.

III.

María llamó repetidas veces á su madre, pero ésta continuaba sin hablar.

Hice señal á mi hermano y nos retiramos á un pasillo inmediato para poder presenciar tan triste drama sin ser vistos: solo nos entendíamos mirándonos. No mucho después observé que unas lágrimas le sucedían á otras y me convencí que

aunque era bastante niño, seguro estoy que con ésta lección jamás se olvidará de los pobres que yacen sumidos en la miseria. Por fin llegó á faltarle el valor, y en un momento que tuvo ocasión, aprovechóla para marcharse, sin que me fuera posible detenerle más: yo me mantuve fuerte, y continué oculto presenciando la desgarradora escena.

—¿Como estais, madre?, preguntó la joven.

—Muy mal,—dijo por fin la enferma con voz apenas imperceptible.

—Tu nuevo hermanito... ¡hay Dios mío!... está.. ¡hija mía!.. llama un sacerdote que le bautice... quiero confesarme... ¡me muero!.. ¡me muero!...

María se abrazó á la enferma, llenando de lastimeros ayes el dormitorio, más repetíala ésta indicándola que obedeciera. Viendo que se aumentaba el mal hasta el extremo de prohibirla hablar, salió instintivamente á la puerta de la casa gritando:

—¡Por compasión! ¡socorred á mi madre, que se muere!

Pero nadie se acercaba.

Miraba á todos lados corriendo de aquí para allí, repitiendo sus lamentos.

—¿Que te sucede, niña?

Esta consoladora pregunta hízosela, por fin, una mujer como de cuarenta años, amable y compasiva que pasaba al mismo tiempo.

—Mi madre se muere, —repitió sencillamente, — y no encuentro un alma que la sirva en sus últimos momentos; ¡socorredla por piedad! no la abandoneis, ¡por compasión!

—¿Dónde vives?

—En la guardilla.

Su interlocutora subió sin hablar más. María siguió aquella calle por la izquierda hasta llegar frente á sencilla casa, en cuya puerta hizo sonar algunos golpes.

El reloj de una iglesia contigua dió las doce del día cuando se abría la puerta donde la joven llamó, apareciendo en el dintel de ella un venerable sacerdote, modesto, amable, en cuyo semblante risueño se veía pintada la dulzura.

—¡Padre mío!, dijo aquella arrodillándose á sus pies, venid, por caridad, á socorrer á mi querida madre que se muere... á bautizar á mi hermanito

que nació ayer y que se muere también... ¡por compasión, socorredlos!...

No habló el sacerdote; entró, saliendo poco después, preparado de los santo oleos y marcharon por las mismas calles que aquella había andado.

Desde mi retiro ví administrar á la enferma la extremaunción y entregar su alma en manos del Criador.

La mujer de los cuarenta años (á quien llamaremos desde ahora por su nombre, que es Gertrudis) permaneció al pié del lecho, asistiéndola madre de María hasta sus últimos momentos. Dióla ésta las gracias antes de espirar, así como al venerable sacerdote, y dirigiéndose á éste, continuó:

—Vos ya conociais á mi esposo... que murió...

—Bien, bien, —interrumpió,—tranquilizaos.

—¡Hay de mis hijos!... ¡Dios mío, socorredles!..

En aquella mesa existen unos papeles que podeis recoger.

—Dejad vuestros hijos, olvidadles,—repuso Gertrudis.

Y aproximándose vió que había espirado: el

sacerdote la observó también y viendo que había muerto dijo:

—El Señor la haya recibido en sus amorosos brazos.

—Así sea,—añadió llorando la caritativa mujer.

Registraron el cajón de la mesa, y sacaron algunos papeles que eran los documentos que acreditaban la línea de su familia.

IV.

Postrándose de rodillas hicieron largo rato oración por el alma de la difunta: concluída ésta, dijo Gertrudis:

—Desde hoy María será mi hija, nunca la abandonaré.

—Del niño me encargo yo,—añadió el sacerdote.

Los huérfanos hallábanse en el quinto piso recogidos por las piadosas vecinas, empero aquélla lloraba sin consuelo la pérdida de su madre.

—¿Que nombre daremos al niño en el bautismo?,—preguntó la piadosa mujer.

—Ninguno mas a propósito que Diosdado.

—Efectivamente: Diosdado... como el hijo de una compañera mía... dicen que significa... Deus

dedit... Dios le dió... Deodato... el pobrecito ha salvado por la misericordia de Dios... quiero ser yo madrina y padrino será mi esposo.

—Hoy le recibirá en mi Iglesia... si lo creemos conveniente, lo aplazaremos para mañana.

—Está bien.

—Yo os avisaré... haced la caridad de asistir á los funerales de la finada, acompañándola hoy, si os es posible, á su última morada.

—No faltaré con mi esposo.

—Dios premiará vuestra caridad... avisaré al médico, y daré los pasos necesarios para extender hoy la fé de defunción... mañana aplicaré el santo sacrificio de la misa por su alma.

—Mi esposo y yo asistiremos á él.

—Ya os recompensará Dios estos sacrificios.

El sacerdote se marchó con paso acelerado: Gertrudis postróse en tierra junto al lecho de la madre de Maria, y oró largo rato hasta que entró de nuevo aquél acompañado del médico, que al momento la reconoció.

Saliendo de mi rincón seguí el fúnebre cortejo hasta el cementerio, no pudiendo menos de decirme: ¡cuan dulce es la religión católica!

Como se había convenido, dieron el nombre de Diosdado al hijo de la difunta en el bautismo, siendo apadrinado por Gertrudis y su esposo en tan solemne acto. Gertrudis, cumpliendo su palabra, fué muy de mañana donde estaban los huérfanos, y tomando á María de la mano llevóla consigo atravesando calles y plazas. La pobrecita veía visiones: dejábase conducir de buen grado por Gertrudis, que no se cansaba de llamarla ¡hija! ¡hija! á *boca llena*, estampando en su frente estrepitosos besos de vez en cuando: la niña contestaba con amargos suspiros y sollozos. Llegaron por fin á casa, cuya entrada estaba cerrada por puertas-vidrieras, y abriendo una entraron. Allí se veía un hombre alto, de poblada barba, nervudo, de color moreno, y de unos cuarenta años, que con humor envidiable cantaba como un canario, descargando al mismo tiempo terribles golpes sobre un hierro candente.

—Nicolás,—dijo mientras entraba,—aquí tienes á nuestra única hija.

—¿Esta?

Suspendió el trabajo, porque las chispas que saltaban á los golpes, parecían intimidar á la niña poco acostumbrada, y acercándose á ella estampó

dos besos en su sonrosado rostro; sentóse luego, mientras decía con cariño, envolviendo tabaco en ancho papel:

—Bueno es, hija mía, y muy justo, que sientas la muerte de tu madre, pero no tanto que vaya á hacerte enfermar ese sentimiento.

Después de cruzarse breves palabras entre ellos, añadió:

—Da algunos dulces á María, y procura conformarla.

—Vamos, hija,—añadió Gertrudis con cariño.

Y salieron. El herrero continuó trabajando como antes, mientras decía para sí:

— Ya que no tenemos hijos, quiera el cielo que ésta niña nos sirva para endulzar nuestra vejez... no la abandonaremos jamás, amándola cual si fuera verdadera hija.

V.

De esta manera pasaron algunos años, siguiendo las cosas en el mismo estado. María amaba á sus tutores como á padres, y esto se comprende, pues con verdad puede decirse no había conocido otros que Gertrudis y el honrado herrero. Eran buenos para ella, como sabemos: no tenían más

hijos, y amábanla cual si fuera verdadera hija. Muchas veces el excesivo cariño la perjudicó, porque llegó á abusar de él tomándose libertades que no corregían por su ciego amor, mal fundado; esto es, criábanla con *mimo*, como suele decirse vulgarmente. Participaban de pobre fortuna, debida al constante trabajo de Nicolás, pero no deseaban más, pues sabían conformarse con su pobreza; de esta manera, no teniendo aspiraciones ambiciosas, vivían felices.

Diosdado había cumplido doce años, y vivía con el sacerdote que se encargó de él. Todos los días iba la huérfana á ver á su hermanito, pasando á su lado algún tiempo: lo mismo hacían Gertrudis y Nicolás. El párroco le amó más cada día, y éste correspondió siempre perfectamente á los sacrificios que se imponía por su felicidad. Dióle á elegir la carrera á que más inclinación tuviera, y escogió la eclesiástica, haciendo en ella admirables progresos desde sus principios.

—Mira, hijo mío, —solía decirle, —la carrera que sigues necesita vocación especial; piénsalo bien, y retírate, si no te encuentras con fuerzas suficientes para terminarla.

Pero Diosdado era un joven virtuoso, pacífico, modesto, y de costumbres sencillas; así que, parecía nacido para servir á Dios en el estado sacerdotal. Hermoso en cuanto á lo físico, amable, compasivo, de índole apacible en lo moral, por lo cual era querido de cuantos le conocían.

Al cursar el último año de filosofía, en las aulas del Seminario, el Todopoderoso empezó á probarle. Era llegado el tiempo en que había de despedirse de su querida hermana, separándose muy lejos, pues su protector recibió orden del obispo de la diócesis, que le mandaba abandonar la parroquia y pasar á otra de una población que le señalaba; aunque era costoso, no quedaba otro camino que obedecer ciegamente, y así lo hizo marchando de allí en compañía del huérfano.

Gran parte de la felicidad de María fué turbada con este terrible golpe; no sucedió así á su hermano, que sabiendo conformarse con la voluntad de Dios y sus superiores, lo llevó con resignación y paciencia.

¿Amaba á su hermana? Sí, y mucho, pero era sabio y virtuoso, por lo tanto sabía cuan meritorio es obedecer resignadamente las disposi-

ciones de sus superiores; pues cuando ellos mandan, es Dios quien habla por ellos. Comprendiéndolo, pues, así, se apartó, diciéndola al despedirse:

—Si no volvemos á vernos más en la tierra, procuremos hallarnos en el cielo, que es nuestra verdadera patria.

Con palabras semejantes consoló también á Gertrudis y Nicolás que lloraban su marcha.

Al pronto sintió María, como hemos dicho, la separación de Diosdado, pero dejándose dominar no mucho después, de su genio orgulloso, variable y libertino, le fué olvidando, hasta concluir por no acordarse para nada de él.

Como sabemos, el ciego amor que la profesaban Gertrudis y Nicolás, (si amor podía llamarse ya) había de costarla muy caro; y efectivamente, no tardó en apoderarse de ella el orgullo y el libertinaje, pasiones degradantes, particularmente en la mujer, y hasta llegó tiempo en que se mofaba de sus tutores. ¡Así les pagaba sus desvelos!

Basta con esto por ahora para que nuestros lectores sepan lo que era la huérfana, que luego la conoceremos más á fondo.

VI.

El tiempo corrió, según costumbre, con pasos agigantados, y la muerte como siempre se cebó en los mortales: Gertrudis sintió su pesada mano, porque arrebató á su anciano esposo: así mismo, un año después, pasó á gozar también de Dios el virtuoso sacerdote, protector de Diosdado, víctima de sus trabajos. María y Diosdado eran nuevamente huérfanos: éste (que había terminado ya la carrera sacerdotal) marchó lejos, sin que se volviera á saber nada de él.

La muerte del herrero Nicolás, fué terrible golpe para su anciana esposa: entonces comprendió su triste situación. Cuidaba de una jóven sola, podía decirse, de perversas costumbres, orgullosa y sin poder encontrar un medio de vivir, porque nada sabía hacer. Muchas veces se acordó de los consejos de Nicolás, que repetía la enseñara labores propias de mujer, pero la joven se mofaba de su protectora como de costumbre.

—Sujétala tú, —decía, —pues á tí te pertenece: si no la enseñas ahora mañana será tarde.

Así sucedió: era tarde. María no sabía más que componer su gallardo talle, porque, eso sí, era

hermosa, y ella lo sabía.

Pero Gertrudis contaba sesenta años y con pocos medios de subsistencia; necesario era que su protegida mirara el porvenir: así lo pensó la anciana y se decidió á decirselo un día:

—Mira, hija mía, la vida que llevas no tiene nada de buena...

—¡Ya estamos! —murmuró la imprudente joven; —¡cosas de viejas!

—¡Hay pobrecita! quien bien te quiera te hará llorar.

—Siempre estamos lo mismo... concluya V. si es alguna cosa nueva, pero, si es la de siempre, puede suspenderla... porque no oiré...

Gertrudis, casi derramado lágrimas continuó:

—Ya vés la situación en que nos hallamos... somos pobres... casi mendigos, sin embargo, no piensas en el porvenir... abandona esas amistades perversas... esos pasatiempos insulsos...

—Suprima V. eso, y pasemos á lo que me quería decir, que por lo visto era nuevo; si no es así, me retiraré, que no quiero gastar tiempo en tonterías.

—Pues bien, hija mía ¿el día que yo mue-

ra, que piensas hacer?

—Entonces lo pensaré.

—¿Porque no ahora? busca, pues, una colocación, ¿no comprendes que de esta manera no podemos pasar?... me veré precisada á decirtelo de otro modo algún día...

—¡Cómo me lo vais á decir!, —replicó con altivez, al verse herida en su amor propio.

Gertrudis se mordió los labios y continuó:

—Quiero decir, que cuando no haya otro remedio, tendré que ponerte á servir, por ejemplo.

—Y yo lo haré de buen grado entonces.

—¿Porqué no ahora que vés la necesidad? así aprenderías para mañana.

La huérfana no respondía.

—Pues bien, hija mía, —continuó aprovechando el silencio de María que al parecer iba convenciéndose, —¿porque no te decides á servir, puesto que lo tienes que hacer, y aun ahora tienes necesidad?.

—María seguía pensativa.

—Me acuerdo aún de las últimas palabras de tu madre (que santa gloria haya) como si las oyera, —prosegió dejando escapar por sus mejillas

dos gruesas lágrimas:—¡No abandoneis á mis hijos!,— y yo prometí, con palabra formal, hacerlo así; ¿porque, hija mía, no he de procurar tu bienestar?.

—María no hablaba.

—Yo te buscaré una casa de confianza, y serás apreciada de sus dueños, si te portas como debes... ¿que te parece?.

—Está bien,— dijo por fin, un tanto conmovida.

—Mañana mismo lo haré.

VII.

En efecto: al día siguiente salió muy temprano, y con paso tan acelerado como se lo permitía su edad, atravesó algunas calles, hasta llegar á otra en que se detuvo frente á suntuosa y magnífica casa, de corridos balcones, anchas cornisas y preciosas molduras incrustadas en la pared de la fachada. Acércase á la puerta que cierra la entrada, y hace sonar dos pausados golpes con el precioso y dorado llamador: momentos después se abre, dejándose ver un anciano como de sesenta años, que saludó á Gertrudis cariñosamente, diciéndola poco después:

—¿Por quién preguntais?

—Por la Señorita Eulalia Luengo.

—Pasad y sentaos.

Dijo; y la acercó una silla, desapareciendo él por la puerta de la izquierda.

—Esperó breves momentos, hasta que se presentó bella, elegante, á la vez que modesta en sus ademanes y sencilla joven, que apellidándola por su nombre, la saludó con amabilidad.

—Subid, subid,—añadió con cariño, tomándola de la mano.

—No puedo complaceros y lo siento muchísimo, porque mis ocupaciones...

—No me habéis de eso; ¿que ocupaciones os distraen ahora?.. tengo necesidad de hablar con V... pasemos al menos á esta sala...

Y señaló una puerta.

—Os ruego me acompañéis algún tiempo... si tanto os distraen las ocupaciones...

Gertrudis exaló un hondo suspiro: creyendo la compasiva Luengo adivinar algún recóndito secreto añadió:

—Quiero quitaros todo temor... ¿necesitais algún favor mío? decidmelo francamente, que ya sa-

beis como os oigo...

—Si... no... yo os le diré...

—¡Exijo franqueza!.. dinero ú otra cosa?

—¡Oh! á Dios gracias, nada de eso.

—Porque ya sabeis...

—Nada, nada de eso, por hoy.

—Bastantes veces se lo dije á vuestro esposo...
lo mismo os repito á vos.

Entraron en una habitación que había á la derecha, donde se sentaron. La jóven se abrazó cariñosamente á Gertrudis añadiendo:

—Nunca olvidaré el día en que Nicolás, vuestro esposo, el buen Nicolás, que seguramente está en el cielo, comprometió su vida por salvar la mía, porque allí ví...

—Os ruego suspendais esa conversación,—interrumpió,—ó de lo contrario me levanto...

—Si os ofende el que recuerde sus virtudes...

—Mas que virtud fué un tributo del corazón, que se creyó en el deber de pagar.

—Nada me debía.

—Mucho... pero dejemos esto y pasemos á tratar del objeto que me trae aquí.

—Ya os escucho.

—Mi hija María...

—¿Está buena?

—Bien, á Dios gracias.

—Continuad.

—Deseaba servir en una casa, y venía á decirnos...

—Precisamente despedí ayer una de las tres que suelo tener, y me hace falta.

—Entonces convenidos en que venga á vuestra casa...

—Claro está, excelente ocasión.

—¿Desde cuando?

—Desde hoy, si os parece.

—Muchas gracias.

—¿Es instruída, ¿prudente? ¿laboriosa?

—Os diré: como nunca tuvo necesidad de servir, no está muy instruída... y aunque no muy bien, sabe hacer algunas cosas. Como hija única, muchas veces deseaba enseñarla labores, pero fuera causa del *mimo* ó nó, lo cierto es que lloraba... por otra parte, yo tampoco me apuraba mucho por sujetarla tan pronto, pues decía para mí: tiempo tiene de aprender.

—Bien, bien: lo que hace falta es que sea hu-

milde, dócil, prudente, que como quiera aprender, tiempo la queda.

Después de cruzarse algunas palabras más, Gertrudis dió las gracias y se despidió, marchando en dirección á su casa.

VIII.

Como si temiera que la indócil jóven María iba á retractar la palabra dada, la parecían horas los minutos, y á pesar de su edad atravesaba las calles lo más á prisa posible, regocijándose en el buen éxito de su empeño: así que, poco después estaba con su protegida, llena de júbilo, diciéndola:

—Mejor no puede haber salido: Dirigiéronme los piés afortunadamente á una casa, con seguridad la mejor, y...

—¿La mejor precisamente?—interrumpió con risa burlona.

—La mejor, si, porque lo sé muy bien y la mejor bajo todos los conceptos. La dueña virtuosísima...

—Eso me digas lo primero... ¡cómo había de faltar!—murmuró;—entonces no haré más que rezar,—añadió en voz alta, haciendo un gesto.

—Mientras reces no te ocuparás de otras cosas...

—Ya sabe V. que es el mayor castigo que pueden darme,—replicó.

—¿Es esa la palabra que me has dado?.. Concluyamos por saber que te has burlado de tu madre... ¡Pues bien!..

—No me burlo, ni me ha gustado nunca hacerlo con nadie.

—Todos son peros... no sé que quieres decir.

—Continúe V.

—Repito lo que he dicho: es una buena casa, y que no mereces...

—¿Para que hablar más?.. no sirvo para ella... según sus explicaciones... basta, basta...

Convencida Gertrudis que nada sacaría por malas, intentó probar por buenas, y cambiando su semblante en risueño añadió:

—No quiero decir, hija, que no sirves, sino que tan buena es, que no encuentro otro modo de explicártelo más que así.

—Bueno, bueno, concluyamos... ¿el ama es joven?

—Sí.

—¿Casada, viuda, soltera?

—Sí, sí.

—¿Es impertinente? ó así... vamos... porque todo hay que mirarlo... puede sér de esas que hay gruñonas y que quieren sujetar á todo el mundo... de esas... vamos... ya me entiende V...

—Es buena, te he dicho,—repuso Gertrudis sin parar su atención en la burla que la imprudente joven hacía;—es buena y conocida mía hace mucho tiempo.

—¡Ah!... entonces... veremos... me enteraré... mañana sin falta me decido...

Fijóse la sencilla anciana en las despreciativas palabras de su protegida, y no pudiendo detenerse ya, añadió con visible enfado:

—Terminemos, pues, ¿quieres ir ó nó?

—Lo pensaré.

—Necesito respuesta pronta y terminante.

Lo pensaré, he dicho: sin pensarlo ¿cómo sabré lo que he de hacer?

Hemos quedado en que hoy mismo irás á su casa, porque la haces falta hoy mismo ¿entiendes? ó de de lo contrario tomará otra en tu lugar.

—Uf... ¿sin más acá ni más allá?... ¿hoy mis-

mo?... eso no puede ser... terminantemente digo que no...

—¡Te pesará!

—¿Cómo tan de repente?... aquí hay gato encerrado... hoy mismo, sin pensarlo... y ¡si no me gustára la casa?... antes tengo que conocerla... puede sér una señora de esas que cuentan por ahí tan mal de ellas, ó que no me guste á mí... Preguntaré á mis amigas, y me dirán donde me voy á meter... no faltaba más...

Gertrudis se disponía á salir con un enojo marcado, y nunca visto en su afable semblante; observándolo María por primera vez en su madre llegó á temer, si esto se puede decir de ella, y deteniendo á la anciana cedió por fin, no sin antes haber hecho algunos desprecios.

¡Pobre madre! ¡recibía continuos insultos y desprecios por continuos beneficios!

IX.

Aquél mismo día fué en efecto la huérfana á casa de Eulalia acompañada de su protectora, siendo recibidas por aquella con visibles muestras de amabilidad. Después de los primeros saludos de costumbre y algunas palabras que entre ellas

se cruzaron, explicóla brevemente sus obligaciones, añadiendo:

—Todos los días me acompañarás á la iglesia... ¿te gustan las prácticas religiosas?...

La mimosa niña, que permanecía con las manos adelante, entretenida en retorcer el delantal, é inclinada levemente la cabeza sobre el pecho, la levantó un poco y después de algún tiempo contestó entre dientes:

—Sí, me gustan.

—Pues bien, vendrás conmigo todos los días... luego, el tiempo libre, le ocuparás en coser y... si quieres y te gusta, yo te ensañaré otras labores.

Seguía entretenida María como antes, haciendo á veces un pequeño movimiento con la cabeza, como dando su asentimiento á todo lo que la buena Luengo decía. Gertrudis observaba todo esto silenciosa, cuando no la tocaba hablar, diciendo para sí:

—Podrá ser, pero no te creo... ¡quiera Dios que dure en tí mucho tiempo esa humildad!

Levantóse ésta por fin de su asiento, y despidiéndose de Luengo, se retiró después de haber abrazado á su hija.

En los primeros días parecía modelo de obediencia, dulzura, humildad y de todas las virtudes. Su protectora la veía muchas veces, y una en que tuvo ocasión de hablar á solas con ella, la dijo:

—Procura, hija mía, cumplir fielmente con tus obligaciones, que el obedecer es virtud... puedes contar con otra tierna y cariñosa madre seguramente... ¿no es verdad que te aprecia?...

—Chips... al parecer...

—¿Observas algo en contrario?.

—No hay que fiarse...

Y añadió entre dientes:

—De beatas no hay que fiarse.

Gertrudis no entendió, ó por lo menos aparentó no entender, y continuó:

— Es una buena Señora.

—No digo lo contrario.

—Y se portará bien contigo.

—Chips... no se porta muy mal que digamos.

—Aseguraré que bien.

—Eso es mucho.

—Porque lo sé.

—Toda la mañana nos llevamos recorriendo las iglesias, sin dejar una.

—¿Y que? si no te pide más sacrificio que ese, no es muy grande.

—Pero tanto tambien llega á fastidiar.

—¿Te hastían las prácticas religiosas, eh? hay pobre hija mía, eres muy niña.

—Pero nó para ver las cosas claras.

—Ojalá no las veas todas...

—¡Pues vaya! aquí no se acaba nunca la semana santa.

—Eso es bueno.

— Para el que le guste, que lo que es á mí...

Gertrudis como si no hubiera fijado la atención en esta última respuesta, y viendo que la cosa se ponía cada vez peor, dijo:

—Bien, hija mía, bien; procura complacer en todo á tu señorita, que hoy no se encuentran muchas casas como ésta.

La mimosa por no perder la costumbre de hablar, repuso entre dientes:

—Pero sí mejores.

Convencida la anciana de que sería interminable, si no callaba, despidióse de ella y su ama, y marchó pensando entre sí:

—¡Que será de esta desgraciada, cuando ya no

la vean mis ojos!... con ese génio tan adusto, libertino... huérfana otra vez!... sin que nadie cuide de ella... ¡Dios mío tened misericordia!... ¡no la abandoneis en sus pasos!... mirad entonces que es huérfana dos veces!...

Y unas lágrimas se sucedían á otras.

X.

Pesada carga se había hechado voluntariamente sobre sus hombros la infeliz Gertrudis, pero ¿que hacer? nada, sobrellevarla.

El tiempo corrió, y María continuaba en casa de Eulalia, gracias á las contínuas instancias de la madre á que tuviera paciencia. Más de una vez pensó en despedirse, pero decía entre sí:

—No lo conseguiré, porque mi madre es insufrible... siempre está con lo mismo... «sufre, sufre, que es buena casa»... esperaré.

Tuvo pues, que resignarse, sopena de dar un disgusto á su protectora. Pero á medida que fué conociendo el buen génio de Eulalia, se la hacían más llevaderas las cargas que antes parecían tan duras: habíala cogido, como se dice, las sobaque-
ras, y muchas veces hacía más lo que quería que lo que se la mandaba.

Hallábanse una tarde ambas en su costurero, ocupadas en las faenas ordinarias, cuando dos golpes en la puerta las interrumpió; después entró el portero diciendo:

—Os esperan... si podeis...

—¿Quien?

—Una señora.

—Voy enseguida.

—Está bien,—añadió inclinándose ligeramente, y retirándose.

Dejó su labor y salió, encontrándose con una mujer como de sesenta años, desconocida de ella al parecer. En su traje parecía pertenecer á categoría no muy alta. Lo que contaba debía ser desagradable porque la jóven Eulalia decía con visible sentimiento:

—¡Dios mío!.. ¿es posible?.. ¡infeliz!.. iré á verla en este momento.

La extraña se dispidió, después de sencillas ceremonias de cumplimiento, y aquélla entró donde estaba María, diciéndola con emoción:

—Prepárate para acompañarme... tu madre está enferma...

—A pesar de su génio, la sirvienta se inmu-

tó con aquellas repentinas palabras, y hasta parecía iba á llorar: la desagradable noticia la había impresionado. Sin hablar, triste, é inchadas sus mejillas, levántase y poco después salían á la calle con paso acelerado, hasta llegar á casa de Gertrudis y entraron, sin detenerse, á donde estaba la enferma. Allí hallaron un sacerdote que la administraba los últimos sacramentos: apenas podía articular alguna palabra la venerable anciana: conociase en ella desde luego el corto camino que la separaba de la muerte:

María, cuando la vió, retiróse á un lado, y, al parecer, lloraba verdaderamente, porque comprendió sin duda, hallar bastante mal á su madre, así como también la súbita noticia la había sorprendido. La enferma hizo señal á Eulalia para que se acercára, y la dijo en voz baja y entrecortada:

—Ha sido repentino, inesperado... os he mandado avisar inmediatamente... porque concluyo... concluyo... sin remedio...

—¿Quién sabe?

—Sí, hija, es la última enfermedad.

—Nadie puede saber...

—Lo sé yo muy bien... no me equivoco.

—Al fin si así fuera, nadie está exento... pero creo que no, por ahora...

Y observóla en silencio, diciendo para sí:

—Verdad es, concluye.

—Pero muero tranquila, porque sois muy buena...

Eulalia se acercó más: aquella continuó en voz más baja.

—Prometedme tomar á mi hija... no la abandonéis nunca, nunca, jamás, hasta que tome estado, que procurareis séa lo más pronto posible.

—No os deis mal rato, no la abandonaré.

—Nada me preocupa más que ella...

—Pues olvidadla..., os lo prometo.

Llamó á su hija: Eulalia la hizo acercar.

—María,—prosiguió con afectada voz, señalando á Luengo,—he aquí á tu madre...

—Iba á continuar, pero la jóven se retiró, frotándose los ojos, empapados en lágrimas.

—Tranquilizáos,—repuso Eulalia,—os lo prometo... lo haré.

—Pido á Dios que dirija sus pasos...

—No os volvais á acordar más.

—¿Sí?

—He dicho que prometo no abandonarla, y lo cumpliré.

—Muero tranquila.

—Es lo que os interesa.

En efecto: después de haber hechado la bendición á su hija, entregó al alma en manos del Criador.

XI.

Continuó María en casa de su nueva y cariñosa madre, siendo todo lo que se puede llamar una sirvienta del día, de génio altivo, libertino... adusto, melancólico, etc, etc, por más que la reciente muerte de Gertrudis la hacía, aunque rara vez, arrancar lágrimas. Pero llegó á olvidarla y ya libre, muy libre, dió rienda suelta á sus pasiones.

Eulalia vigilaba á su adoptada con más celo que antes, pues al tomarla por tal, creyó hecharse terrible, y para ella nueva carga, y al efecto, empleó medios para evitar responsabilidades y cargos de conciencia: empezó por marcarla otra vida para en adelante, prohibiéndola en primer término salir sin su compañía, salvo raras excepciones. No hay que decir que desde entonces la pacífica Eulalia parecía á María, vista por su prisma, descontentadiza,

gruñona, malhumorada.

—De poco tiempo acá,—decía hallándose sola una tarde,—es insufrible: me manda con orgullo, altivez, desprecio... á puntillazos siempre. ¿La muerte de mi madre la ha dado libertad plena sobre mí? eso quisiera, pero se equivoca ¡no me dejaré dominar de ella! ¡cá! por la puerta se vá á la calle: el ama se quedará en su casa... ¿Soy alguna religiosa encerrada entre cuatro paredes, como estoy hace algún tiempo? se ha equivocado, he dicho: discurriré el medio de librarme de sus garras, y si no lo consiguiera por buenas... ¡vaya! ¡no faltaba más!..

Este soliloquio fué interrumpido por pisadas que se oyeron á larga distancia y que se acercaron cada vez más, hasta que vió entrar en el costurero á su ama. Sin hablar, sentóse junto á María. Esta dijo para sí:

—Desde hoy mismo pondré en práctica lo que he de hacer más tarde... no puedo decirla que me voy, pero buscaré medios para que me despida, ó al menos para que me deje más libertad.

Y compuso el semblante amostazado, donde se pintaba marcadamente la pena que la afligía, mez-

clada con aburrimiento. Sin levantar la cabeza, miraba al soslayo, por si el ama fijaba su atención en ella, pero aquélla de todo se ocupaba menos de eso.

—No lo conseguiré, —decía llena de cólera.

Hacía movimientos bruscos, suspirando alguna vez con fuerza, pero la jóven seguía muy entretenida. Los minutos alargábase más de lo que eran, el tiempo se pasaba y nada conseguía.

—Pasaré la tarde y no me mirará, —repetía.

Probó por diferentes medios, usados con presteza, pero ni por esas: Eulalia estaba muy entretenida. Movía los pies con impaciencia y viendo que seguía lo mismo, unióslos bruscamente á los de su ama, apartándolos en seguida como arrepentida. Consiguió lo que deseaba: la miró, pero sin fijarse.

—¿Así tampoco?, —dijo, —apelaré á otros medios... si no me quieres hechar me iré yo.

Levántase y se encamina á la puerta, diciendo con amostazado rostro:

—Me encuentro muy mal.

—¿Sí? ¿porque no me lo has dicho? ¿que te duele?

—El estomago, la cabeza los riñones... un

zumbido de oídos... unos dolores de... de muelas, también las sienes... un... malestar grande... no sé esplicarlo...

—Acuéstate y avisaremos al médico,—dijo, y salió de la habitación con ella.

Se avisó al médico y la visitó: después de hacerla varias preguntas y observarla detenidamente, salió con Eulalia, la que le preguntó con interés.

—No os tenga con cuidado... nada, absolutamente nada... nn poquito constipado... nada, nada... sudar y... nada más en absoluto... ¿es perezosa?... se la conoce... quiere descansar... no necesita de mí... si ha trabajado algo más...

—No sé que haya salido de la costumbre.

—Dolores holgazanáticos.

—¿Como decía que...

—No es nada.

—Más vale.

—Estaros tranquila, no necesita de mí.

—¿Y si por casualidad...

—Digo que no necesita de mí ni ahora ni después: está completamente bien... y se concluyó...

Se despidió. Eulalia se tranquilizó, aunque no

dejaba de visitarla, hablándola siempre con cariño,

XII.

El doctor no volvió más á visitar la supuesta enferma: ella no cesaba de preguntar el porqué, aunque su ama la había dicho ingénuamente:

—Me ha tranquilizado al despedirse con estas palabras: «está completamente bien... no necesita de mí por ahora».

A lo cual repuso, siempre con su génio dominante:

—Para ir cada vez peor no necesito de nadie, es verdad, y para morir tampoco.

Esperaba ocasiones y nunca llegaban: había fallado este enredo.

—Estoy peor en este estado,—pensó,—porque haciendo las labores al menos me entretengo... ¿que he conseguido pues?... nada... pensaremos...

Como nadie la visitaba sino Eulalia de tiempo en tiempo, por si se la ofrecía alguna cosa, se desesperaba de estar en tanta soledad. La jóven Luengo prohibió terminantemente que la visitara ninguna de las sirvientas por temor á incomodarla, y la servía ella misma en lo que necesitaba.

—Pasaré el rato al menos de otra manera,—se dijo.

Y echándose á discurrir ideó vestirse y ponerse á mirar por la única ventana que la alcoba tenía, procurando así entretener las horas que tan largas se la hacian; y en efecto, se la pasaron veloz y dulcemente.

Sucede que cuando por largo tiempo no se ha visto la luz del día sin estorbos, gustan y llaman la atención aquellos objetos que de continuo nos cansan sin entretenernos; esto, pues, sucedía á la jóven, que estaba entre cuatro paredes de la casa sin ver por ninguna ventana que diera al exterior, sino á patios, tejados y jardines; así que, al mirar ahora parecíala un nuevo mundo. Representáron-sela en breve aquellos días que con sus amigas pasaba, antes de entrar á servir en casa de Eulalia, y al ver por allí á las jóvenes de su clase matar el tiempo con los cántaros á las caderas, vivos deseos la entraron de hacer lo que ellas, concluyendo por creerse desgraciada con aquella vida tan monótona.

—¿Jóven y enterrada en vida?—se decía con desesperación;—no la hay más sujeta que yo: á

continuar en esta vida preferiría profesar en un convento. Veo á las de mi edad cuan alegres y divertidas están, yo, por el contrario, hace tres meses que no me río con ganas... ¡esto es la muerte anticipada!..

Y fijaba nuevamente se atención en aquélla *chica* que hacía señas al *cabo primero* próximo, mientras el cántaro se llenaba en la fuente, y en aquella otra niñera, vestida de encarnado, con delantal blanco, de mirada atravida y peinado *echao palante*, que lleva un tierno niño arrastrando de la mano, mientras va entretenida con un mozuelo que sin saber porqué la acompaña; y aquella de vestido azul con no sé qué bulto atrás, que llaman por ahí *polisón* y largo delantal encarnado, que acompaña á su señorita, y que á todo atiende menos á lo que ésta la pregunta, y más á aquél mozalvete que la persigue, y vuelve atrás la cabeza haciéndole señas. En uno de aquellos movimientos, que pudiéramos llamar primo primo, es cuando María dice lo que es:

—¿Porqué no he de estar yo tan libre como cualquiera de éstas?...

En el espejo de su imaginación, por no tener

otro en la alcoba, refléjase su juventud y un tanto su hermosura, que aprecia en más de lo que es: recuerda su carácter jovial, su gracia en el vestir, y enhorgullecida dice:

—Valgo yo más que todas las que pasan por aquí, y sin embargo estoy encerrada.

Pero, aunque mal, termina el día entretenida haciendo señas á la que mira á su ventana; y si pasa alguna conocida, habla procurando alargar la conversación todo lo posible.

—¿Donde vés Margarita?

—A casa, hija... ¿que haces en esa ratonera?...

—Estoy enferma.

—Creí que te habías muerto.

—Pues estoy viva.

—¡Cuanto tiempo que no te veía!

—He estado forastera.

—¡Ah!.. vaya, á Dios.

—A Dios, mujer, ¿ya me dejas?

—Llevo mucha prisa.

Y se queda tan desconsolada como antes, hasta que llega otra.

XIII.

El crepúsculo iluminaba con luz ténue el horizonte. Maria se hallaba aun en la ventana, aunque apenas se distinguían los transeuntes. Algo más tarde se consolaba con sentir el ruido de los que pasaban.

—No tardará en verse encendidos los faroles,— se decia,—y podré entretenerme más tiempo.

En efecto, encendieron uno, único por allí; que se hallaba bastante lejos; pero María se quedó casi con la misma necesidad, porque apenas sus reflejos llegaban á la mitad de la distancia que había hasta su ventana, por lo cual ni aún podía percibir si el que pasaba era hombre ó mujer. De éstas pasaron muy pocas: podría decirse que eran todos jóvenes obreros que dejaban su trabajo para descansar durante la noche en sus hogares; dicho se está que habría concluido... pero no era así; estaba ávida de emociones. Esperaba que alguno de sus conocidos pasára y podría entretenerse algún tiempo más la probrecita! El tiempo corrió acompañado de su deseo, más éste no se cumplió. ¿Quién se fijaría en ella en medio de la oscuridad?

¿Quién, sin estar advertido, miraría donde estaba? era difícil. Por cerca de la luz parecióla ver una mujer: al llegar frente á su ventana la llamó con voz chillona:

—¡Felipa!

Más aquélla no se detuvo, por la sencilla razón de que no sería aquel su nombre.

—¡Elvira!—continuó.

Viendo que tampoco respondía, lanzó una salva de nombres:

—¡Eulalia! ¡Emilia! ¡Tomasa! ¡Juliana! ¡Cannuta! ¡Catalina!

Y otros más que se la presentaron en la boca, á pesar de todo, no debió acertar con el verdadero, porque no se detenía; entonces gritó más fuerte:

—¡Señora! ¿Hace V. el favor de recogerme una sortija de oro que se me ha caído?

Sin embargo de este *cebo*, aquélla se alejó sin responder.

—Si transitaran muchos así,—se dijo incomodada,—pasaría el tiempo menos mal con su conversación.

Observó por uno y otro lado, más no se cumplieron los deseos que la animaban de entretener-

se con alguien que pasara, porque á medida que entraba la noche, se veía menos. Sintieronse en la casa pasos que se fueron acercando cada vez más á su habitación, y se apartó de la ventana. Siéntase, y apoyando la cabeza en el brazo derecho y éste sobre una mesa que había en la habitación, procuró componer el semblante compungido y triste, mientras decía:

—Será mi señorita... ¡mucho ha tardado en visitarme, para según es ella!.. ¡si me encuentra á la ventana!.. ¡me hubiera llevado á otro gabinete, donde no viera más la luz del día!..

Esperó.

—Veremos si se compadece,—pensó,—y me dá libertad siquiera un día para recrearme... ¡esto es mucha sujeción!.. ni que fuera un criminal... esto es cosa del médico!.. pero me quiere tan mal!

Se abrió la puerta, apareciendo en efecto Eulalia, quien, después de breve pausa, la preguntó con su acostumbrada amabilidad:

—¿Como te encuentras, hija mía?

—Como siempre,—contestó secamente.

—¿No hallas alguna mejoría?

—Poca cosa.

—¿Si el médico dice que no hay cuidado, en absoluto.

—Está muy claro... no entiende.

—Es muy instruido, hija mia

—Sin embargo.

—Tengo mucha confianza en él.

—Puede ser muy instruido y á la vez equivo-
se, ¿no eso?

—Claro está, pero...

—En fin, que no ha entendido mi enfermedad.

—Bien, bien, hija mía, si mañana no te encuen-
tras mejor, y nos parece conveniente, se le avisará
y sino, á otro.

Eulalia preparó lo que la pareció de necesidad para durante la noche, y se retiró, despidiéndose de la sirvienta hasta el día siguiente.

XIV.

Mientras la supuesta enferma se hallaría á la mañana entretenida en sus pueriles pasatiempos y en la noche en fantásticas quimeras, Eulalia habia tambien pasado ésta pensativa y con insonios, te- niéndola con bastante cuidado la enfermedad de

su protegida y preguntándose muchas veces:

—¿No habrá el médico entendido la enfermedad, como ella opina... Lo dudo porque es de confianza para mí.

Al siguiente día, de madrugada, salió como de costumbre, á la iglesia, y despues de terminados sus ejercicios piadosos, se encaminó á casa del médico. Recibióla éste con visibles muestras de respeto y cortesía y despues de cruzarse breves palabras entre ellos, dijo la joven:

—Os agradeceré, doctor, me hagais el obsequio de visitar hoy á mi protegida.

—¿Está enferma?

—La misma enfermedad continúa... supongo...

—Será otra, porque cuando yo la he visto, no tenia sinó muchas ganas de saltar.

—Pues según se explica sufre horribilmente.

—¡Caracoles!

Quedóse pensativo, añadiendo momentos despues:

—¿Porqué no me habéis avisado antes?

—Me tranquilicé en vuestra última visita al decirme que se hallaba completamente bien.

—Por entonces así era...y tanto es así que creí

inútil volverla á visitar...

—Pero ayer se quejó de nuevo y... á decir verdad, deseo que la observeis más detenidamente.

—Así lo haré.

Dijo, y se quedó nuevamente pensativo. Eulalia se dispuso á salir, añadiendo:

—Ya sabeis que la amo como hija, porque así lo prometí á su madre al morir, y por lo tanto os ruego pongais tanto empeño cual si fuera yo la enferma.

El discipulo de Galeno, mientras arreglaba su traje y tomaba su bastón, interrumpió sin fijarse en las palabras de su interlocutora:

—Os acompaño.

Y salieron poco después.

—Es una jóven que, como ya os he dicho,— decía Eulalia mientras caminaban,— la amo como si fuera hija; la pobrecita quedó huérfana muy niña, y ha sufrido mucho...

—¡Ah!... ¿es huérfana?.

Eulalia narró al médico en breves palabras la vida de María.

—Y al morir Gertrudis,— añadió,— me la

encargó muy de veras...

—Así es que va teniendo tres madres.

—Claro está y...

—Me parece haberla visto en aquella ventana,
—interrumpió el médico cuando llegaron cerca de la casa de Eulalia.—¿Como permitís que se halle fuerade la cama estando tan mal como decís?.

La jóven miró á la ventana y no viéndola repuso convencida:

—Os habeis equivado.

—Con este chico hablaba precisamente... y muy entretenida por cierto,—dijo.

Y señaló á uno como de veinte años, simpático, de estatura alta, traje al parecer de artista; pero de facciones de rostro bellas. Acercóse el doctor á él y le interrogó, pero el galante negó con aplomo.

—Inútil será,—repuso,—si no quieres declarar pero... lo sé muy cierto.

Y entró con Eulalia en su casa. La enferma se hallaba efectivamente postrada en el lecho, con rostro amostazado.

—Te levantaba una calumnia,—añadió el médico con risa burlona mientras entraba:—¿no me

parecía haberte visto asomada á esa ventana?.. ¡más vale que me haya equivocado!..

La doncella no contestó, y parecía inmutable: solo le miró como diciendo:—que ganas tiene V. de broma.

Cuando se retiraba el doctor le interrogó nuevamente Eulalia con interés sobre la enfermedad de María.

—Se halla completamente bien,—contestó.

—¿Cómo se comprende?

Encogiéndose de hombros añadió:

—Facilmente: lo mejor que puede hacer es levantarse; permítala V. salir sola que es lo que desea y seguramente que hoy mismo saltará.

Se despidió, repitiendo que no necesitaba de su ciencia.

XV.

Eulalia entró en el dormitorio apenas despidió al doctor, y siempre con afable semblante la interrogó:

—Dime, hija, ¿Como te encuentras?

—Como el primer día,—contestó secamente.

—¡Dios mío! el médico dice te hallas completamente bien.

—Así sea.

Y fijó la vista en el suelo, como diciendo con hipócrita resignación:

—Aquí estaré hasta nueva orden.

—Ya le he dicho,—continuó aquélla,—que si estuvieras completamente bien, como él opina...

—Por gusto no se esta como yo.

—Todo se lo he hecho observar.

—No hará caso.

—Le he rogado que se interese.

—Pero no lo hace.

—Se avisará á otro.

La doncella se dijo para sí:

—Y conseguirá lo mismo... éste ha acertado pero no á mi gusto... otro acaso me diera medicinas sin necesitarlas, y entonces perderé más...

—Bien, bien, hija,—repuso Eulalia momentos después,—ahora receta que te levantes y salgas á pasear... lo que puedes hacer, si te parece y te encuentras en disposición, desde ahora hasta comer, y luego saldrás de nuevo, si lo crees oportuno...

Si la sencilla Eulalia hubiera fijado su atención en la huérfana, vería animarse el rostro paulatina-

mente; sus ojos chispeaban y todo su semblante, en fin, parecía reanimarse y tomar nueva vida. Aquélla nada vió y salió cerrando tras sí la puerta, mientras decía:

Veremos si se consigue el que esta niña vuelva á su estado normal.

Aquélla en su gabinete seguramente que dijo, saltando de júbilo:

—Conseguí lo que deseaba... ¡excelente médico!..

No tardó mucho la doncella en salir de la alcoba: bajó la escalera precipitadamente, y una vez en la calle, siguió por ella á la izquierda con paso acelerado, volviendo aquí, atravesando allá, sin equivocarse, como á punto fijo y determinado. Detúvose ante grande casa donde se leía en gruesos caractéres: *Taller de construcción de máquinas*, y entra poco después por una de sus grandes puertas.

—¿Puede verse al maquinista primero, Enrique?—preguntó á un anciano que se hallaba á la entrada.

—Pasad y sentaos... preguntaré.

Dijo aquél y entró: María esperó apoyada

en una grande pieza de hierro que allí había, y momentos después salía el portero, diciendo con gravedad:

—Ahora no puede, pero me ha dicho que os mande esperar, que no tardará en desocuparse.

—Esperaré, pues,—añadió la doncella.

Así lo hizo, sentándose en una silla que el anciano la indicó.

—Cómo le va á extrañar cuando me vea,—pensaba para sí,—haciendo algunas horas que le decía yo: «no me permiten salir de casa para nada».

Apareció un jóven como de veinte abriles, precisamente el mismo, que según el picaro médico que visitaba á María, dice, les había visto hablar poco antes por la ventana de la alcoba.

—¿Tu por aquí?—dijo.

—En busca tuya.

—¿Qué ocurre?

—Lo que te contaré.

—Concluye pronto que estoy muy ocupado.

—Al fin he alcanzado libertad.

—Lo supongo ¿como así?

—Receta del médico.

—¿Libertad absoluta?

—Creo será bastante lata: ya me permitirán aunque no sea más que unos días... mientras me restablezco, después volveremos á las de antaño.

—Es mucha sujeción ¿así que esta tarde podrás verme aquí?

—Sí.

—Me encuentro muy ocupado por ahora.

—También yo tengo que cumplir bien por la primera vez.

—A Dios, pues, ... no te se olviden tus documentos...

—No se me olvidarán.

XVI.

La huérfana siguió las mismas calles porque había venido, hasta llegar á la casa de Eulalia, donde entró, pasando sin detenerse á la habitación destinada para coser, que era donde seguramente se la encontraba siempre, entretenida en sus labores.

—¿Cómo te encuentras, hija mía?—preguntó ésta apenas la vió,—pareces hallarte más animada.

—¡Pchst! no estoy tan mal.

—Sí, sí, traes diferente color, vienes más alegre.

—Respirar aire libre es siempre sin duda alguna muy saludable... máxime si el día es como hoy...

—Bien, bien...

—Creo no he de tardar en reponerme completamente.

—Después que havamos comido saldrás otra vez y así sucesivamente hasta que te encuentres bien del todo... para más entretenerte prepara la comida.

Así lo hizo, en cuyo intermedio se dijo Eulalia, llena de satisfacción:

—Verdaderamente en tan poco tiempo se conoce el alivio... me tenía con cuidado... parece hallársela hasta mejor color en el rostro... más animado... ¡gracias á Dios!..

Después de la comida no tardó mucho en salir María á la calle, despidiéndose de su protectora hasta la tarde.

Eran las tres de un hermoso día del mes de Junio. Atravesaba las calles que ya sabemos, hasta llegar donde trabajaba el jóven industrial Enri-

que, con la ligereza propia de sus años, y el rostro sonrosado por el sol que la sofocaba. Ya no fijaba la atención, como tenía de costumbre, en la conocida que pasaba á su lado, hablando aquí deteniéndose más allá, todo lo había olvidado.

—Oh, sí,—decía:—Enrique será desde hoy mi nuevo protector... mi libertador... me lo ha prometido y no faltará... partiremos lejos, muy lejos de aquí, que es lo que deseo hace tanto tiempo.

Y sostenía con la mano un objeto que llevaba en el delantal, procurando no llamar la atención de los que pasaban á su lado. Llegó por fin al taller donde trabajaba el maquinista, avisándole por el anciano portero mientras esperaba. No tardó mucho en salir aquél y apartándose á un lado con María le dijo en voz baja, después de investigar por uno y otro lado si les miraban:

—Observo que te ha faltado prudencia al entrar aquí en esta forma, llamando la curiosidad de todos.

—¿Que nos importa, si ya nos verán muy poco tiempo?

—Sin embargo...

- Estoy tranquila.
- Espera un rato mientras vuelvo...
- ¿Me dejas?
- Voy á pedir el sueldo de la semana.
- Te espero.
- Después hablaremos acerca de lo que nos conviene hacer.
- Sí, aprovechemos el tiempo.
- Estás en un compromiso... es mucho peso.
- Y miró el contenido del delantal: María preguntó:
- ¿Que haremos?
- Reducirlo á metálico.
- ¿Como? nos cazarían muy pronto.
- Conozco un platero de confianza.
- Manos á la obra; sin perder más tiempo.
- Tu ama es de suponer no haya sospechado...
- Absolutamente nada, y de tal manera lo he arreglado que tardará en hechar de menos su dinero y alhajas... el tiempo suficiente, mientras nos alejamos de aquí.
- ¿Hasta cuando te has despedido?
- Naturalmente había de ser hasta el anochecer.

—Arreglemos, pues, inmediatamente nuestro viaje.

—Sí, sí, partamos.

—Vuelvo enseguida.

Salió: María permaneció en su sitio.

XVII.

A la vuelta, sin hacer grande parada enseñó á María su salario en las dos manos entregándoselo; y tomando las alhajas que su compañera aun conservaba en el delantal, partió apresurando el paso

—Mucho cuidado,— dijo aquella.

—Sí, es lo que importa.

—¿Donde te espero?.

—Ahí... tardaré muy poco tiempo en volver.

—Bien, bien, ya te espero impaciente.

—Lo que interesa es que podamos salir de aquí con bien,—añadió luego para sí:—mi amo no se apercibirá del robo por hoy y... mientras quiere ¿donde estaremos nosotros? según dice Enrique... seguramente no nos alcanzarán tan pronto... creo podré ponerme en sus manos, porque vale para cualquiera cosa...

En este soliloquio estaba cuando pasó por allí el anciano portero, y al parecer, movido de curiosidad

sidad, mezclada con alguna picardía, preguntó á la jóven deteniéndose frente á ella:

—¿No se ha desocupado aún Enrique?.

—Sí,— respondió aquélla secamente;—¿porqué?.

—Se le avisó inmediatamente, y me estraña veros aun sola y como esperando, y...

—Bien, ya salió... volvió á entrar...

—Os ruego no os incomodeis... si he faltado.

—No señor.

—Era porque...

—Habeis cumplido con vuestra obligación... ¡muchas gracias!

Viendo que nada sacaría por este lado, probó por otro interrogando de nuevo con amabilidad:

—¿Haceis el obsequio de decirme si es Enrique vuestro hermano, primo, ó así?.

La huerfana miró al viejo de piés á cabeza, encolerizada y como preguntando á su vez:—¿que os interesa? Pero prefirió responderle con una seca negación que á otro hubiera desconcertado sin quedarle más ganas de ser importuno, más no á este que deseando sin duda llenar su curiosidad insistió en el mismo tono:

—¿Teneis algún parentesco? la verdad, porque...

—Ninguno.

—Al menos primos siempre creí...

—Pues no señor.

—Lo digo...

—Por lo que querais: he dicho que ninguno y hemos terminado.

E itonces su curiosidad pareció subir de punto, preguntándose incomodado:—esta señora ó lo que sea, debe poseer algun potentado; ¡vaya unas influis que me gasta!

—Sois poco amable para conmigo,—continuó luego:—¿os incomoda mi presencia?.

—¡K! nada de eso.

—¿Porque, pues, me tratais tan mal?

—¿Yo? nunca fué esa mi intención.

—Mi curiosidad es hija del cariño que profeso á Enrique, porque le conozco desde muy niño... le ví entrar en esta casa...

—Contesto á lo que me preguntais ¿que más?

—Bien, bien... ¿se despide de la casa?

—¿Me lo ha contado á mi? ¡vaya!

—Creí que...

—Pues habeis hecho mal en creerlo, ¿entendeis?
y añadió entre dientes. — ¡El demonio del vegetal

—Os ruego no os incomodeis...

—No tengo motivo para ello.

— ¡Yo sí para preguntaros!

— ¡Os contestaré si me place!

—Sabed que es hijo mío, por desgracia, —con-
tinuó, — y tengo necesidad de saber...

María se desconcertó con la repentina noticia,
pero procuró reponerse y siempre impasible aña-
dió:

—Si teneis necesidad de saber sus secretos, yo
no, y por lo tanto no me los ha revelado ni se los
he preguntado.

—Se halla lejos de su padre; ¡infeliz! y quiere
vivir independiente, y así lo hace, pasando muchos
meses sin cruzar sus palabras con las mías... ¡yo
le diré! ¡oh!...

Viendo se alargaba el sermón, se levantó Ma-
ría, despidiéndose con un ligero movimiento de ca-
beza.

XVIII.

Entretanto el maquinista se hallaba entrete-
nido en su empeño. Al despedirse de su compañe-

ra, entró en un portal reducido, con un escaparate á la calle, en el que había pendientes de unos clavos varias joyas de oro, plata y piedras preciosas.

—Felices, Don Telesforo,— dijo saludando al que debía ser encargado de aquel establecimiento.

—¡Hola! Enrique, ¿como vamos?

—Bien gracias ¿Se hace mucho negocio?

—Poca cosa, amigo, está esto perdido.

—A propósito... vengo, pues, á prepararte uno bueno en este momento... para que andar en rodeos...

—Sepamos.

Enrique enseñó las alhajas mientras decía:

—Pronto y bien, valúa esto, y dame dinero por ello, que lo necesito.

El platero las dió algunas vueltas en las manos, mientras aquel continuaba:

—Policarpo, mi compañero, á quien conocerás...

—No,—respondió Telesforo entretenido.

—Bien; es un compañero de trabajo, me pidió hace días dinero, y en fianza de su buen comportamiento me entregó todo esto, advirtiéndome que si tenía necesidad de venderlo que lo hiciera; hoy

pues, necesito cuartos, y advirtiéndoselo á Policarpo me dió nuevo poder para deshacerme de ello, y te ruego me dés la cantidad que á tu parecer vale... yo confío en tí, y sé no has de valerte de la ocasión.

El platero entregó á Enrique algunas monedas de oro, el cual sin contarlas las guardó despidiéndose. No tardó mucho en hallarse junto á María, que le esperaba impaciente, poniéndose ambos en marcha, mientras hechan cuentas de las cortas cantidades que poseían, y después de haberla preguntado aquél:

—¿Traes los documentos, como te advertí?

—Sí.

—Porque podrían hacernos falta... también yo les traigo...

*
* *

Mientras tanto Eulalia se entretenía, en su costurero como de costumbre, tranquila y pensando casi de continuo en el porvenir de la desdichada huérfana. La noche empezaba á tender su negro manto.

—¿Cómo esta niña no estará aquí ya?—se preguntaba.

Esperó algun tiempo y María no llegaba: Im-

paciente acercábase cuando á una ventana, cuando á otra, pero no la veía.

—¿Que habrá sucedido?

Llama á uno de sus criados é instrúyele para que indague por uno y otro lado.

—¡Dios mio! —había dicho;—alguna desgracia ocurre... sin duda en el campo...sola... ¿quien sabe?

Abre la puerta de una habitación, por parecerla de mejor vista una ventana de allí, pero ¡horror! retrocede espantada. Grita á un dependiente de la casa, y entra con animo resuelto. Un armario grande, donde Eulalia guardaba sus mejores ropas y joyas, estaba descerrajado, tiradas por el suelo aquellas, robadas éstas. Buscan en el interior de la casa por si el malhechor está encerrado, y nada encuentran sino por todas partes despojos de su terrible mano. Envía á dar conocimiento del hecho á la justicia, pero no por eso se olvida de la infeliz María. A la llegada del primer criado que en su busca salió, le pregunta, por si ha podido averiguar algo que pueda tranquilizarla.

—Me he enterado,—dice aquél,—y ninguna luz sobre el caso me dan.

—¡Dios mío! ¿que la habrá sucedido? una enfermedad repentina, sin duda... volved, volved y no regreseis sin traerla á casa.

Así lo hace.

La justicia se ha personado en la casa, enterándose del hecho sucedido. Sin perder tiempo se procura prender los ladrones. También se trabaja para averiguar el paradero de la huérfana, pero inútilmente. Corre el tiempo y siempre en la misma ignorancia. La Ciudad se hace eco de su repentina desaparición.

XIX.

Por entre breñas y montes, lejos de su país, caminan nuestros dos jóvenes Enrique y María, desamparados, y sin ver una persona conocida. En sus decaídos rostros, tostados por los fuertes calores, se vé pintado el cansancio y desfallecimiento.

¡Cuán triste es viajar en esta forma, al azar, por caminos extraviados, solitarios, saltando arroyos aquí, trepando allí por una árida peña! Se pasan aldeas, atraviésanse pueblos de más consideración, pero todo desconocido. No alegran ni satisfacen estas nuevas impresiones, como alguno pudiera creer, porque el cansancio produce un

aburrimiento tal que hace mirarlo todo con tédio. Decaídas las fuerzas físicas, anélase llegar en breve al término de su pesado viaje, que parece alejarse más cuanto más se adelanta, por las repetidas veces que se hace alto sobre un peñasco ó á la sombra de cerrado ramaje. Allí se toman nuevas fuerzas y con nuevos ánimos se huella la dura tierra, pero no tarda en hacerse nueva parada, porque los piés poco acostumbrados se rinden y el ánimo desfallece. Nuestros dos jóvenes caminaban en esta forma, cruzándose entre ellos muy pocas palabras: melancólicos, tristes y meditabundos y sin poder alternar con un tercero. Allá se han detenido de común acuerdo y sentados sacan su prevención, comiendo algunos mendrugos de pan seco y duro por los calores: acá beben del agua cristalina que baja serpenteando por un prado, tomando también para el viaje, y en estas detenciones corren las horas sin hacer grandes adelantos en la marcha. Repetidas veces cuentan su dinero, observando que disminuye gradualmente, porque nadie les ofrece lo necesario para cubrir sus necesidades perentorias sin que antes lo hayan adelantado, y otras ni aún así, pues no encuen-

tran en largos trechos quien pueda proporcionárselo. Aquí de las rencillas entre ambos culpándose mutuamente de su poco cuidado en conservarlo.

—¿A qué pagar tan largamente aquél estafado?

—Decía la jóven.

—Tu fuiste culpable.

—¿Yo? siempre te digo que no había necesidad.

—Pero al fin te convenciste.

—Para llenar tu antojo.

—¿A qué comprar aquel pañuelo de tanto valor?

—Me era de necesidad.

—No te dí mi consentimiento.

—¿Le necesitaba?

—¡Ya lo creo!

—Tampoco tu necesitas el mío para hacer lo que te conviene.

—Es claro ¡mejor sería!

—Ni yo, pues, tu parecer.

Y entre éstos ó parecidos altercados, todos de escasa consideración, entretenían el tiempo adelantando muy poco en su viaje. A veces suscitaban diálogos que pudieran llamarse de alimento.

—Tengo vivos deseos de llegar,—suspiraba

María.

—¡Oh! verás mi tío que bondadoso es: apenas me vea después de tanto tiempo, no sabrá que hacer con nosotros.

—¿Me recibirá bien á mí?

—Yendo en mi compañía, como á mi mismo.

—Seremos felices.

—No lo dudes.

—Siendo tan rico como dices...

—Inmensamente rico.

—Nada nos faltará.

—Absolutamente de nada careceremos.

—Deseaba muy de veras apartarme de esa ciudad donde nací, y de la que nunca he salido.

—Verdaderamente has sufrido mucho.

—¿Cuanto nos falta para llegar?

—Poco debe ser ya.

Alimentados con estas esperanzas, sus piés ya cansados, tomaban nuevas fuerzas y parecían moverse con más rapidéz.

XX.

Pero contaban solamente con sus propias fuerzas y dicho se está que habían de abandonarles: así sucedió. María, poco acostumbrada á los dis-

gustos que aquel pesado y largo viaje propinaba, empieza á indisponerse repentina y gravemente, apoderándose de su organización decaída una terrible fiebre. Pasos atrás había dicho á Enrique:

— Parece que me encuentro enferma.

— No hay que desmayar, — repetía el jóven.

— No, no, nunca vencerse.

— Adelante, pues.

Pero con todos sus ánimos no pudo pasar de aquí. Sentóse en un peñasco desfallecida, é inclinando la cabeza sobre él, quedó exanime. El jóven, desconcertado, llamála repetidas veces, y no responde.

— ¡Dios mío! — esclama horrorizado.

Y algunas lagrimas de dolor, por la primera vez en su vida, ruedan por sus tostadas mejillas.

— ¡Es posible que esto me suceda! — repetía con lastimeros ayes; — ¡Virgen Santísima, tened misericordia de nosotros!

Y se acerca de nuevo á la enferma llamándola. María levanta un poco la cabeza, pero sin hablar la inclina sin fuerza. Se le ocurre observarla aplicando el oído á su boca.

—¡Ah!--exclama incorporándose,--aun tiene vida.

Y se dirige aceleradamente á una pequeña aldea que le parece ser la más cercana.

—Todavía vivirá,—decía mientras caminaba volviendo de vez en cuando la vista atrás, por si la veía levantarse,—aunque á mi parecer la resta poco... ¡infeliz! abandonada... yo no puedo hacer nada, porque me comprometería... Avisaré algún alma caritativa, y yo continuaré mi viaje, procurando alejarme pronto, pues me costaría muy caro si supieran que venía en mi compañía... ¿quién sabe si la volveré á ver por casualidad?... aprovecharé el tiempo, pues aun me queda mucho que andar.

En efecto: habiendo llegado á la población dijo á una mujer que eucontró:—¡Por caridad! favoreced á una jóven que en el camino he hallado.

Dióla señas donde la hallaría y se apartó. Aquella, en unión de otras compañeras se dirigieron al lugar señalado, encontrando á la enferma conforme Enrique había dicho: observáronla y á una voz exclamaron:

—Aun vive; pobrecita.

Condujéronla al pueblo, y poco después yacía en un lecho asistida por las buenas mujeres.

—Conviene avisar al médico,—dijeron algunas.

—Sí, sí, avisarle.—repitieron otras.

Y así se hizo, no tardando mucho en visitarla el discípulo de Hipócrates. Obsérbala detenidamente y receta. Quiere oír hablar á María, pero no lo consigue.

—El cansancio de un interminable viaje,—dice con gravedad cómica el doctor:—el hambre, la sed, en fin, han producido un asma terrible, espantoso, el cual hace ¡infeliz! que la sea de todo punto imposible articular una sola palabra. Aplíquese la inmediatamente en el pecho la *receta*... y veremos lo que resulta: no queda otro camino que esperar con paciencia y resignadamente... avisar inmediatamente al señor cura *para que si lo cree conveniente* la administre los últimos sacramentos... nada más por ahora.

—Se despidió echando compasiva mirada á la enferma y agitando la cabeza, cuya señal no pasó desapercibida.

—Mal agüero,—dijeron las aldeanas.—El médico al despedirse ha movido la cabeza... avisemos, pues, sin demora al señor cura.

Así se hizo, no tardando en presentarse el ministro

del Altísimo, el cual, abservando su mal estado, la administró los últimos sacramentos: no tardó mucho María en espirar. El sacerdote hizo un largo rato de oración por la difunta y tomando sus ropas halló unos papeles que leyó.

—¡Es mi hermana!—dijo cayendo sin fuerzas sobre un taburete.

—¿Que le sucede á Don Diosdado?—dijeron los circustantes aproximándose al sacerdote y sosteniéndole para que no cayera.

Efectivamente: aquellos papeles eran los documentos de María y el Señor cura era Diosdado, su hermano.

FIN.

CUATRO PALABRAS.

Al entrar en prensa este libro, recibo la terrible noticia que mi hermanito Diosdado ha muerto, y como á él está dedicado, paréceme oportuno decirlo aquí, para que mis lectores, al pasar la vista por estas líneas, rueguen á Dios por su preciosa alma.

¡¡Descansa en paz, hermano mío, y recibe una ardiente lágrima de los ojos de quien sabes tanto te amaba!! Un sentimiento me queda: que la Divina Providencia, cuyos insondables arcanos acato, no te permitiera leer mi pobre libro.



159

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

